



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE226092

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Nuestra Palabra

“**E**n el principio era el Logos”. El Prólogo del Evangelio según San Juan es uno de los textos más célebres de la tradición cristiana y uno de los fundamentos culturales de Occidente. No porque pertenezca a la fe, sino porque introduce una idea radical: el mundo nace de una palabra. No del caos, ni de la fuerza, ni de la guerra. De una palabra. Una Palabra que se hace carne. El término griego Logos aglutina lenguaje, razón, orden y sentido. Es palabra pronunciada y estructura invisible de lo real. Decir que “en el principio era el Logos” significa que el universo no es un accidente mudo, sino algo que puede ser nombrado, pensado e interpretado.

Ya en el Génesis Dios dice: “Hágase la luz”, y la luz aparece. Hablar, en la tradición bíblica, significa dar forma al mundo, hacerlo existir. La teóloga **Dorothee Sölle** observaba que la palabra bíblica nunca es neutral porque es siempre una palabra que llama, que pone en movimiento y que crea responsabilidad. Por eso el cristianismo atribuye al lenguaje un enorme peso ético. Hablar significa exponerse, construir o herir, custodiar o destruir. Durante los años de la guerra de Vietnam, Sölle y un grupo de amigos inauguraron en Colonia las Politische Nachtgebete, las vigilias de oración política.

Para el filósofo judío **Martin Buber**, “al principio está la relación”. Y toda relación nace de una palabra dirigida a alguien. Para el pensador griego **Heráclito**, el Logos era la ley profunda que mantiene unido el cosmos. Juan recoge estas intuiciones y da un paso más: el Logos no es solo un principio abstracto, sino una presencia viva. De aquí nace una larga historia cultural, la idea de que el lenguaje posee dignidad moral, de que las palabras pueden construir ciudades, leyes, comunidades y memoria. Incluso la política europea, al menos en sus mejores formas, hereda esta confianza ya que el conflicto se gobierna mediante el diálogo, no únicamente mediante la fuerza.

Hoy vivimos una crisis de la palabra. El teólogo protestante **Dietrich Bonhoeffer**, asesinado por el nazismo, había intuido el peligro de la

degradación del lenguaje. Cuando las palabras se vacían, el pensamiento se debilita. La pérdida del sentido de lo verdadero y lo falso no es solo un problema intelectual: es una condición que hace a las sociedades más vulnerables a la manipulación. La Biblia conoce este riesgo. En el libro de los Proverbios se lee: “La muerte y la vida están en poder de la lengua”. Una frase antiquísima y actual. La palabra puede sanar o destruir, fundar comunidades o incendiarlas.

Aquí vuelve a ser actual el Prólogo de Juan, incluso para quien no cree, y conserva una enorme fuerza cultural. Porque ese texto contiene una pregunta esencial: ¿qué relación hay entre palabra y verdad? ¿Qué sucede con una civilización cuando la palabra deja de crear vínculos y empieza a producir únicamente enemigos?

Hablar por hablar

La respuesta está ante nuestros ojos. El lenguaje público se brutaliza y se vuelve agresivo. Hablamos continuamente y, con frecuencia, hablamos por hablar, pero cada vez decimos menos. Puede que la cuestión no sea religiosa, sino cívica. “En el principio fue la Palabra” no es solo un versículo antiguo. Es un diagnóstico sobre el presente. Si el problema de nuestro tiempo es la degradación del lenguaje público, resulta inevitable preguntarse qué formas de palabra siguen siendo capaces de crear vínculos en lugar de destrucción. Si la palabra tiene el poder de construir o destruir el mundo, entonces es decisivo preguntarse qué lenguajes consiguen todavía generar vida en lugar de consumo, relación en lugar de enfrentamiento.

Muchas reflexiones contemporáneas han mostrado cómo las palabras de las mujeres —en contextos filosóficos, políticos y culturales— suelen tener un ritmo distinto. No se imponen de la misma manera. Parecen buscar más que afirmar, abrir más que cerrar. A veces se mueven como si el lenguaje necesitara, ante todo, volver a respirar, recuperar la medida, reconstruir un vínculo posible. Y quizá sea en ese gesto más discreto, menos dominado por la voluntad de prevalecer, donde la palabra intenta seguir viva.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDEZZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Palabras de mujeres

Ellas exigen un lenguaje que construya puentes y no muros, desde el idioma del diálogo

RITANNA ARMENI y RITA PINCI

“**M**ujer, vida, libertad” es una expresión potente. En persa: “Zan, Zendegi, Azadi”. En turco: “Jin, Jiyen, Azadi”.

Estas expresiones fueron utilizadas por primera vez por representantes de los movimientos feministas kurdos, tras la muerte de la joven iraní **Mahsa Amini** en 2022, y atravesó fronteras, lenguas y continentes. Apareció en los muros de ciudades europeas, en manifestaciones latinoamericanas, en universidades estadounidenses y en las redes sociales, convirtiéndose en un grito global. Reducirla a un eslogan político sería un error. Porque es una gramática alternativa, una manera diferente de nombrar el mundo y, por tanto, de imaginarlo. La palabra “**mujer**” se convierte en el punto de partida para repensar el poder y los derechos. “**Vida**” deja de significar mera supervivencia para convertirse en dignidad, relación y plenitud. “**Libertad**” ya no coincide con dominio o supremacía, sino con una posibilidad compartida, mezclada con los demás y con el entorno.

Es un léxico que se contrapone al que ha dominado el discurso público mundial, asociado a una cultura del poder basada en la fuerza, el control y la seguridad, pero también en palabras como “conquista”, “estrategia”, “defensa”, “enemigo”, “victoria” e “imposición”. La guerra, sobre todo. Un lenguaje que evoca jerarquía, competencia y cerrazón. Que organiza la realidad en oposiciones rígidas: vencedores y vencidos, amigos y adversarios, dentro y fuera. “Mujer, Vida, Libertad” abre un vocabulario de la relación: solidaridad, escucha, reciprocidad y futuro. No elimina el conflicto, pero lo sustrae a la lógica del aniquilamiento. Y es tan poderosa porque no habla solo a las mujeres. Habla a todos. Sitúa la vida en el centro y, partiendo de quienes históricamente han sido marginados, redefine todo el horizonte humano.

Y esto plantea una pregunta inevitable: ¿pueden las palabras de las mujeres cambiar el mundo? No hay una respuesta definitiva. Construir un nuevo vocabulario requiere tiempo, transformaciones culturales y un cambio gradual de conciencia.

Pero algo ya está sucediendo. Las mujeres están cambiando muchas palabras. Y cambiar las palabras significa cambiar lo que se puede pensar, decir e incluso lo que es posible.

No se trata de atribuir al género femenino una especie de lenguaje “natural” de dulzura o de la vida cotidiana. No es una cuestión biológica. Es una cuestión política y cultural. Las palabras no solo describen el mundo: lo construyen. Hoy está emergiendo una constelación léxica nacida de la experiencia histórica de las mujeres y en abierto contraste con el paradigma dominante basado en la jerarquía, el control y el conflicto. Esto se puede observar en el lenguaje público contemporáneo no pocas veces amplificado por las redes sociales: agresivo, simplificado y polarizado.

“Línea dura”, “tolerancia cero”, “aplantar al adversario”, “limpiar la casa”, “cerrar las fronteras”... Expresiones que han transformado el debate público en un campo de batalla. Los eslóganes han sustituido al pensamiento y la ira, al argumento. Las palabras se han convertido en armas. El Papa **León XIV** aboga por desarmar las palabras. No debilitar el lenguaje, sino liberar el lenguaje de la violencia y la manipulación. Devolverles peso, responsabilidad y verdad. Reconocer que cada palabra es un acto para crear relaciones o destruirlas. La historia demuestra que la violencia casi siempre comienza con las palabras. Antes de atacar a alguien, se le degrada y se le deshumaniza.

Poder contracultural

Sucedió durante el Holocausto, cuando a los judíos se les llamaba “parásitos”. Sucedió en el genocidio de Ruanda, donde a los tutsis se les llamaba “cucarachas”. Sigue sucediendo hoy, cuando a los migrantes se les describe como “animales” o “invasores”. El lenguaje no solo describe la realidad: la prepara. Por eso, las palabras que surgen hoy de los movimientos de mujeres tienen un poder contracultural. No porque sean más amables, sino porque cambian el enfoque de la conversación: de la conquista a la relación, de la dominación al cuidado y de la competencia a la dignidad. Esto queda demostrado en

las historias de muchas mujeres que, en las últimas décadas, han transformado la palabra en una herramienta de liberación.

Cuando **Malala Yousafzai**, superviviente de un ataque talibán, declaró ante la ONU: “No quiero venganza contra los talibanes, quiero educación para sus hijos e hijas”, el mundo comprendió que existe una fuerza más allá de la venganza. Sus palabras no eran de odio y rompieron la cadena de violencia. Su voz transformó el derecho a la educación de las niñas en una prioridad global. **Sonita Alizadeh**, una joven rapera afgana, usó las palabras para salvarse. Condenada a un matrimonio forzado, habló a través de la música sobre la difícil situación de miles de jóvenes como ella.



Sus canciones no son meras denuncias, son una forma de resistencia.

La misma fuerza emerge en el testimonio de **Nadia Murad**, la mujer yazidí galardonada con el Premio Nobel de la Paz en 2018. Superviviente de la esclavitud del ISIS, transformó su historia personal en un instrumento de justicia internacional. Su voz devolvió la dignidad a las víctimas y demostró que las palabras pueden hacer frente a la barbarie.

En Argentina, durante la dictadura, las Madres de Plaza de Mayo lucharon contra el silencio pronunciando con tenacidad los nombres de sus hijos desaparecidos. En Italia, las Madres Constituyentes plasmaron en la Carta Republicana palabras como igualdad, protección y derechos sociales y abriendo espacios de ciudadanía que antes no existían. Incluso las mujeres indígenas mapuches, en Chile y Argentina, hablan hoy de “terricidio” para denunciar conjuntamente la destrucción de la tierra y la violencia contra las comunidades nativas. La líder **Moira Millán** insiste en la

necesidad de “descolonizar el lenguaje y la tierra”, porque las palabras del poder a menudo sirven para justificar la explotación y la opresión.

Esta batalla impregna el cine y la literatura. En la película de **Denzel Washington**, *El gran debate*, la estudiante **Samantha Booke** utiliza el debate y la retórica para combatir el racismo en la América de 1930. “El momento de la igualdad no está en el futuro, es ahora”, argumenta durante un desafío de oratoria contra universidades blancas. En *Ellas hablan*, un grupo de mujeres víctimas de violencia decide su futuro a través del diálogo. Hablar se convierte en el primer acto de libertad. La película, dirigida por **Sarah Polley** y basada en la novela de **Miriam Toews**, está inspirada en hechos reales ocurridos en 2011 en la colonia de Manitoba, Bolivia, donde decenas de mujeres sufrieron violencia sistemática dentro de una comunidad religiosa cerrada. En ese contexto, el habla se convierte en el único espacio posible para la rebelión y la conciencia colectiva.

Esta genealogía femenina de la expresión de resistencia proviene de las mujeres. En 1851, **Sojourner Truth**, nacida en la esclavitud, se levantó en una convención por los derechos de las mujeres en Ohio y pronunció un famoso discurso: *Ain't I a Woman?* Con esta oración, desafió tanto el racismo como el machismo, reivindicando la humanidad y la dignidad. Y **Rosa Parks**, un siglo después, cambió la historia de muchos sin pronunciar palabra. Sentándose en silencio en un autobús para blancos, transformó un simple “no” en un gesto político que impulsó el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. Más recientemente, **Gisèle Pelicot** cambió el dolor del abuso sufrido por su exmarido en un crimen público contra la violencia de género. Durante el juicio de Aviñón, optó por exponerse personalmente, renunciando al anonimato: la vergüenza de la violación no debe recaer sobre las víctimas, sino sobre quienes la perpetran. Su claridad y valentía han convertido su testimonio en un símbolo internacional en la defensa de los derechos y la dignidad de las mujeres.

Construir puentes

Las mujeres exigen un lenguaje que construya puentes, no muros. En los conflictos, son ellas quienes sufren las consecuencias de la guerra, el hambre, la migración y la destrucción diaria de la vida. **Marshall Rosenberg**, fundador de “Comunicación No Violenta” dice que el lenguaje puede abrir espacios de entendimiento o construir barreras insuperables. Desarmar las palabras significa cuestionar los términos que dominan nuestra imaginación: guerra, enemigo, destrucción, terror. Palabras que normalizan la violencia y borran el futuro. El término “víctima” a menudo corre el riesgo de reducir a las mujeres a sujetos pasivos, privándolas de su fortaleza.

Imaginar una realidad diferente empieza con la forma en que la expresamos. Cambiar el lenguaje por sí solo no basta. Se requiere valentía, una profunda transformación, la capacidad de cuestionar estereotipos y estructuras de poder. Pero todo cambio cultural siempre comienza con las palabras. La escritora **Christa Wolf** lo resumió en una frase: “Entre matar y morir, hay una tercera vía: vivir”. Y **Emily Dickinson** escribió: “Una palabra muere al ser pronunciada, dicen algunos. Yo digo que solo entonces empieza a vivir”. Quizás este sea el corazón de “Mujer, Vida, Libertad”: devolver la vida a las palabras para devolver la humanidad al mundo.



Nazha, la voz bajo las bombas

La religiosa resiste a la guerra de Líbano usando la conversación como fuente de paz

LIDIA GINESTRA GIUFFRIDA

En el sótano del Colegio Notre Dame donde las bombas caen tan cerca que hacen temblar las paredes, la hermana **Nazha El Khoury** no les pide a los niños que se callen. Les pide que hablen. “Repetid después de mí”, dice, guiándolos por el pasillo. Algunos lloran, otros se aferran a su hábito. Las palabras son sencillas: una oración, una frase reconfortante, algo para seguir respirando. Así, la guerra no desaparece, pero cambia su sonido. Ya no es solo una explosión, es una voz compartida.

Es en esta imagen de 1983, atesorada por la hermana Nazha entre sus recuerdos más preciados, donde comprendemos cuándo y cómo en Líbano una mujer puede comenzar a sanar un conflicto: cuando las palabras no borran el miedo, sino que lo penetran y lo transforman en una relación. Hoy, mientras el país vive otro Viernes Santo en su historia, la hermana Nazha, Superiora General de las Hermanas Antoninas Maronitas, continúa siendo un referente en un Beirut herido, coordinando con valentía y lucidez las misiones en el sur, en Rmeich, Debel y Nabatieh. La suya es una historia de “adaptación y resistencia”, arraigada en lo que ella llama un “Edén disputado”, “un jardín de olivos y viñedos” donde la paz sigue siendo un bien preciado que debe defenderse con tenacidad contra cualquier lógica de opresión.

Su capacidad para unir a la gente nació lejos del frente. Nazha nació en Kfarchekhna, un pueblo del norte del Líbano cuyo nombre en siríaco significa “morada de la calma”. Creció en una familia maronita donde las palabras nunca eran palabras vacías, sino una misión diaria. Su padre era el sacerdote del pueblo, un hombre piadoso que consideraba a sus feligreses como sus propios hijos; su madre era una mujer sabia, tranquila, pero de una determinación inquebrantable. “La misa diaria era parte integral de nuestra vida familiar. Admiraba el compromiso de mi padre y la fe de mi madre. Para ambos, la parroquia estaba por encima de la familia”, explica.

Esta herencia espiritual la preparó para una vida difícil, en la que la palabra a me-



Nazha El Khoury con el papa León. A la derecha, la escuela Notre Dame en Hazmieh y arriba, Beirut bajo los bombardeos.

nudo quedaba ahogada por el ruido de las armas: En 1967, los primeros bombardeos israelíes en el sur; en 1973, los enfrentamientos entre las milicias palestinas y el ejército libanés, que le impidieron obtener su diploma de bachillerato; en 1976, la primera fase de la guerra civil, que coincidió con su primera misión en Nabatieh, donde quedó atrapada. “Entre 1977 y 1989, cuando era estudiante en Beirut, caminábamos bajo las bombas. Un compañero murió a manos de un francotirador justo en la entrada de la universidad. Teníamos que caminar por el barro de los jardines para evitar a los francotiradores”, cuenta. En este barro, metafórico y real, la hermana Nazha aprendió a neutralizar la violencia mediante su devoción a la Palabra de Dios. “Me decía a mí misma: ‘Si el Señor me quiere, me protegerá’. Nunca he fracasado en nada por miedo. Siempre estuve segura de que lo que se me pedía era para la gloria de Dios y la salvación de la humanidad”.

Recomponer

En 1983, como directora de estudios en el Notre Dame College de Hazmieh, esta práctica se convirtió en algo cotidiano. Su voz se transformó en el instrumento para reconstruir día a día el tejido social que la guerra intentaba desgarrar. En aquellas aulas cerradas, sus palabras no solo organi-

zaban, sino que recomponían. Mantenían unidos a estudiantes y profesores, restaurando la continuidad de una comunidad que la guerra civil intentaba fragmentar. “Tenía que elaborar el horario de clases cada día en función de la presencia o ausencia de estudiantes y profesores. Cuando había bombardeos, llevaba a los niños al sótano. Se sentían seguros cerca de mí y allí dábamos clase”. Sus palabras nunca fueron un instrumento de poder, sino generador de significado. Hoy, como superiora, su papel se ha ampliado para abarcar todo el Líbano porque Nazha coordina, escucha, apoya y utiliza sus palabras para proteger a sus compañeras monjas que han optado por no abandonar la línea del frente.

“Las hermanas de Nabatieh se vieron obligadas a abandonar la escuela. Abrieron las ventanas para escapar de la presión de las bombas y cerraron las puertas entre lágrimas”, relata Nazha con voz firme. “En cuanto a las hermanas de Debel y Rmeich las llamo todas las mañanas y todas las tardes. En cuanto leo sobre un bombardeo, marco el número. Las encomiendo al Señor y doy gracias por su seguridad. Siempre les recuerdo que sean prudentes y sabias”. Esta red invisible de llamadas telefónicas, susurros y oraciones es un acto de pura resistencia: una voz femenina que, a pesar del aislamiento, confirma a la otra



que la vida sigue naciendo. La hermana **Rita Eid**, la hermana **Gerard Merhej**, la hermana **Josephine Khachan** y la hermana **Joumana Samara** permanecen en el sur bajo los bombardeos más intensos y el aislamiento total del resto del mundo tras la destrucción de los puentes que permitían el paso sobre el río Litani. Su día a día no reproduce el ruido de la guerra. En cambio, genera silencio y reflexión a través de la lectura espiritual, el Rosario y la adoración del Santísimo Sacramento.

Mosaico de resistencia

La presencia de las Hermanas Antoninas Maronitas en el sur es muy importante para sus habitantes, ya que les hace sentirse más seguros. “Compartimos sus alegrías y tristezas y asistimos a la misa parroquial con ellos. Seguimos supervisando de cerca el progreso académico de nuestros estudiantes mediante clases *online* asegurándonos de que su aprendizaje continúe a pesar de las difíciles circunstancias”, explican las hermanas. “Nos sentimos aisladas porque los pueblos de los alrededores se han vaciado y tememos que la carretera a Beirut quede completamente bloqueada. La situación nos resulta insoportable, pero hemos decidido quedarnos aquí, en parte por obediencia y en parte porque el pueblo se ha quedado aquí. Estamos en una mi-

sión para ellos y con ellos. Permanecemos juntos y compartimos su destino”. Tras la última escalada entre Israel y Hezbolá, los pueblos cristianos fronterizos han permanecido aislados. Estas mujeres conforman hoy un mosaico de resistencia. Cuando la hermana Nazha apaga su teléfono esa noche, esa conexión no se rompe. Continúa con una oración más personal, casi una conversación: “Me dirijo a Dios en función de mis sentimientos, especialmente cuando me preocupan mis seres queridos”. Afronta el conflicto con las palabras.

Para estas monjas, Líbano es “como un cedro” que no muere, y si lo hace, resurge como el ave fénix de sus propias cenizas. Esta imagen encierra una promesa, pero también una práctica diaria: remendar sin aspavientos, mantener unido lo desgarrado. Sus palabras, capaces de desarmar el odio y generar resiliencia, son la fuerza que impide que esta tierra se convierta en un desierto. “Si muero fuera del país, quiero que mis cenizas se esparzan en Líbano. Llevo a Líbano dentro de mí”, susurra la hermana Nazha. En esta fidelidad inquebrantable hay más que resistencia. Hay una labor continua, casi invisible, de reconciliación. Estas mujeres no pueden detener la guerra. Pero, palabra tras palabra, impiden que se convierta en el único lenguaje posible.

Miedo al cambio

LINDA POCHEER

No es secreto que la relación entre las mujeres y la Iglesia está plagada de tensiones evidentes. Más sorprendente aún es el lenguaje que suelen expresar estas tensiones: violencia verbal que afecta a las mujeres cuando su rol, sus palabras o su presencia ponen en tela de juicio estructuras consideradas “tradicionales”. Los insultos, el sarcasmo y la deslegitimación no son simples fallos de comunicación: son síntomas. Y, como toda violencia, revelan no fortaleza sino fragilidad, no seguridad sino miedo. Resulta llamativo cómo la violencia verbal surge donde la identificación con ciertos valores tradicionales se percibe como amenazada. Cuando la identidad se siente asediada, la reacción suele ser agresiva. Pero una identidad que necesita defenderse dañando a otros es una identidad débil. Si la apelación a la “tradición” genera miedo al cambio y produce exclusión, entonces debemos replantearnos nuestra propia comprensión de la tradición.

Esto pasa en la sociedad y en la Iglesia. Las mujeres muchas veces se convierten en el terreno simbólico donde se libra una batalla por la identidad: sus cuerpos, sus voces, sus espacios se impregnan de significados que sirven para reafirmar un orden percibido como inestable. Al hacerlo, se traiciona el corazón mismo de la fe cristiana, que no fundamenta la dignidad de las personas en roles preestablecidos ni jerarquías naturales, sino en su singularidad irrepetible ante Dios. La afirmación de Pablo en Gálatas –“ya no hay esclavo ni libre, judío ni griego, hombre ni mujer”– no borra las diferencias, sino que niega que puedan usarse como criterio de valor o de acceso a la dignidad de los hijos de Dios. Este pasaje pide tomarse en serio: como una provocación contra toda forma de violencia, incluso verbal, que surge del miedo a perder el poder.

Si la violencia es siempre un signo de debilidad, entonces una Iglesia y una sociedad capaces de renunciar al lenguaje agresivo demuestran no rendición, sino fortaleza evangélica. Repensar nuestra identificación con los valores tradicionales no significa traicionarlos, sino liberarlos del miedo. Y puede surgir una relación más auténtica, justa y humana entre las mujeres y la Iglesia.

Ese respiro escondido

Nisham desafía el silencio impuesto en Afganistán con el burka como símbolo de la opresión

LUCIA CAPUZZI

Esa tarde el aire era abrasador. Suele ocurrir en Afganistán en agosto. Pero Nisham nunca había experimentado un calor así. Sentía que le hervían las entrañas y el incendio se extendía a los pulmones, quemándole el pecho y la garganta. Sus fosas nasales y su boca se dilataban, jadeando desesperadamente en busca de aire. “No me salía la voz. Solo un gemido”, dice, mientras sus dedos retuercen la tela de su manga. No era culpa del calor.

Cinco años después, Nisham aún siente la sensación de ponerse el burka por primera vez. Tenía 17 años en 2021, menos que la República afgana en aquel entonces, que agonizaba ante el avance de los talibanes. Entre los fragmentos rotos del espejismo occidental de exportar democracia, se encuentran los restos de los sueños de quienes se aferraron a esa promesa, solo para verla arrebatada. “Era el 15 de agosto cuando vino mi madre y me dijo: ‘Vienen, tienes que ponértelo. Es la única manera de protegerte’.

Mientras, me entregaba el fardo de tela azul que había estado guardado en el armario durante veinte años”. Era el burka, una cárcel de tela que envuelve el cuerpo desde la cabeza hasta los tobillos. Rostro incluido. Hasta los ojos están cubiertos por una gruesa red. Quizás por eso la prenda se asocia inmediatamente con la negación de la vista. Otros, en teoría, lo justifican por la necesidad de “proteger” los rasgos femeninos de miradas indiscretas, en resumen, para evitar tentar a los hombres. Quienes lo usan son las únicas que sufren. Esa rejilla de tela afecta a la salud visual e impide observar la realidad.

Cerrar la boca

Más que limitar la vista, este vestido carcelario cierra la boca. Corta el aliento, lo ahoga. Es casi imposible decir algo completo con una especie de capucha que aprieta la frente, se pega a la nariz y aprisiona los labios. Aún más difícil ser escuchada. La voz es percibida con menos claridad por los demás, perdiendo intensidad y claridad. El burka afecta profundamente la posibilidad de comunicación.

A diferencia del primer Emirato –entre 1996 y 2001–, el actual código de vestimenta talibán no impone el burka, usado casi exclusivamente en el sur del país, un bastión ultraconservador y pastún. Lo que sí es obligatorio es el hijab, una especie de abrigo amplio que deja la cara libre pero que, con el añadido de la imprescindible mascarilla, amordaza la boca.

Al igual que los comandantes del régimen teocrático totalitario de Gilead que cosen los labios de las sirvientas en el futuro distópico narrado en la serie de televisión *The Handmaid's Tale*, los antiguos estudiantes coránicos hacen desaparecer

a las mujeres del tejido social y civil silenciándolas. La mordaza –física– llegó antes del edicto de agosto de 2024 que les prohíbe charlar y cantar en público. Y del código penal de febrero pasado que convierte a las esposas, madres, hermanas e hijas en “propiedad” del pariente varón más cercano.

El velo semi integral con mascarilla fue casi inmediato a la vez que se cerraron los lugares donde se forman las voces de las personas: las escuelas. La prohibición de la educación femenina a partir de los 12 años que se da en Afganistán es única en el mundo musulmán y le valió al Emirato



una *fatwa* de la Universidad de al-Azhar, punto de referencia del islam sunita.

“Me puse delante del espejo. No era mi reflejo, sino un bulto de tela. ¿Cómo había terminado así, enterrada viva en un sarcófago de tela? Me palpitaban las sienes apretadas por la cuerda que sujetaba el burka a mi cabeza. No podía pensar con claridad. Intenté gritar, pero el grito quedó atrapado. No podía existir allí dentro. Era cuestión de supervivencia. Me lo arranqué y lo tiré al suelo. Nunca me lo volví a poner a pesar de la insistencia de mis padres”. Nisham vive a dos horas en coche al norte de Kabul, en un pueblo enclavado en las oscuras montañas de Afganistán. Un laberinto de caminos sin pavimentar bordeados de casas de ladrillo con altos muros. Antes del regreso de los talibanes el 15 de agosto de 2021, la joven, hazara como la mayoría de los residentes, iba al mercado —el epicentro de la vida social—, generalmente vestida con pantalones, una

blusa de colores vivos y un pañuelo sobre su largo cabello castaño. Ahora ya no puede hacerlo. El difícil acuerdo alcanzado con su familia, que está preocupada por su seguridad, consiste en un hiyab de color neutro, con un velo fino que le cubre la boca.

Las autoridades se lo han permitido, aunque no siempre. Expulsada del instituto en el último año, aceptó casarse con un compañero de clase para no ser una carga para sus padres, que se vieron aún más empobrecidos por la interrupción de la ayuda internacional tras el colapso de la República, una ayuda de la que dependían dos tercios del presupuesto social. “Un buen chico”, así describe a su marido, que la apoya en sus esfuerzos por continuar sus estudios.

Resistencia silenciosa

Obviamente, no puede hacerlo formalmente. Algunas asociaciones pagan la matrícula —cara para los estándares locales— de jóvenes necesitadas que asisten a centros educativos privados que ofrecen formación, pero no otorgan diplomas. Los talibanes —mucho más divididos internamente de lo que aparentan desde fuera— toleran su existencia para mantener buenas relaciones con los propietarios, generalmente vinculados a la pequeña élite local. Un juego de suma positiva en el que todos ganan: los empresarios recaudan las tasas de inscripción y los talibanes obtienen favores. Todos a costa de las mujeres. Las palabras de las mujeres afganas de hoy son un grito de resistencia silenciosa. Ellas siguen produciendo relatos y poemas que distribuyen anónimamente para evitar represalias.

“Los márgenes son muy estrechos. Cada centímetro de piel expuesta, cada centímetro de camino recorrido, cada centímetro de labios abiertos es una lucha. Luchamos cada día. Por eso me parece injusto el trato que hacen de nosotras como víctimas indefensas. Somos luchadoras”, subraya Nisham, que no ha renunciado a la idea de graduarse algún día en Ciencias políticas. Mientras tanto, da clases de inglés en secreto a chicas adolescentes en un pueblo al que llega a pie, caminando durante más de una hora al amanecer. “Una mañana me desperté...”, empieza a cantar en un italiano chapurreado. “Descubrí *Bella Ciao* gracias a la serie española *La Casa de Papel*. Sí, no nos pueden quitar internet. Es una canción de resistencia, ¿verdad? Es perfecta para nosotras. No en voz muy alta, pero seguimos cantando”.

La confianza femenina

PIERLUIGI BANNA

“Ven y verás”: Jesús rompió a llorar al oír estas palabras de **María de Betania**. No había llorado por la muerte de **Lázaro**, pero ya no pudo contener la emoción al ver a María repetir las palabras, aquellas palabras, que había oído de Él: “¡Ven y verás!”. ¡Qué seguridad debió tener María, hasta el punto de “acorrallar a Jesús” con sus propias palabras! San **Ambrosio** escribe que María no habla solo por sí misma, sino que se convertía en la voz de toda la Iglesia y provocaba una respuesta de Jesús: “El Señor Jesús llora; no permite que la Iglesia llore sola. Compadeciéndose con su querida amiga, le dice al difunto: ‘Sal fuera’”. La audacia de María se refleja en otras mujeres que se encuentran con Jesús. Y Él elige “obedecer” una confianza casi descarada, que es la voz de un pueblo. No es chantaje emocional ni un intento de controlar su poder milagroso. Le sorprendió cómo sus palabras se convirtieron en una certeza para ellos. Quiero recordar a la hermana **Clare Crockett**, quien se convirtió en el año 2000 y falleció a los 33 años en 2016, tras un terremoto en Ecuador, donde se encontraba de misión. Un día, Clare no podía concentrarse durante la misa, así que se atrevió a provocar a Jesús con palabras similares a las suyas: “Esta señora, sentada orando ante mí, eres tú, Señor”. En ese momento, la mujer se giró, comenzó a besar las manos de la hermana Clare y a rezar el Padrenuestro en voz alta. Todos en la iglesia estallaron en carcajadas, pero la hermana Clare se conmovió y reconoció la respuesta del Señor a sus oraciones: Él le había besado las manos y le había dado las gracias. Recientemente, me encontré con la misma confianza en una joven de veintiún años. Ante una situación difícil, me contó que había formulado una oración similar: “Señor, ¿te harás responsable de haberme hecho así?”. Estoy convencida de que Dios, conmovido, encontrará, si no lo ha hecho ya, la manera de responder a tal confianza, y la verdadera vida renacerá en torno a esta joven. Esta confianza en Cristo, puramente femenina, abre la historia a la acogida de la presencia dinámica y activa de Dios de una forma nueva e inesperada. Es esta confianza la que mantiene unidas a familias enteras y a la gran familia de la Iglesia.





Discursos de amor y ausencia

Cinco mujeres reflexionan sobre el lenguaje que construye o hiere en medio de la sociedad

ELISA CALESSI

En un momento en que el debate público e incluso las relaciones cotidianas parecen cada vez más impregnadas de tonos agresivos, metáforas bélicas y palabras que denotan dominación, vale la pena reflexionar sobre lo que a menudo pasa desapercibido: el lenguaje que utilizamos. No solo el lenguaje político, ahora saturado de retórica confrontativa, sino también el lenguaje más íntimo que impregna las relaciones, los vínculos emocionales y las conversaciones intergeneracionales. Palabras de poder, posesión, competencia y devaluación: fórmulas que se repiten hasta volverse invisibles, pero que siguen moldeando la forma en que nos relacionamos y nos entendemos. Por esta razón, hemos decidido dirigir nuestra mirada hacia lo que suele permanecer al margen del debate: no solo las grandes narrativas públicas, sino el vocabulario cotidiano a través del cual se construyen —o se fracturan— las relaciones. Cinco mujeres de diversos orígenes identifican sus “palabras ‘sí’ y sus “palabras ‘no’”. Son aquellas consideradas correctas, necesarias y capaces de abrir espacios para el diálogo; y aquellas otras percibidas como tóxicas, violentas o desgastadas y que debían abandonarse o replantearse radicalmente.

Sus respuestas no pretenden ser exhaustivas, pero ofrecen una perspectiva sólida y concreta sobre cómo el lenguaje aún puede transformar nuestra forma de inte-

ractuar. No se trata de crear un diccionario moral, sino de observar cómo algunas palabras pueden abrir posibilidades para las relaciones, mientras que otras parecen acartonarlas, cerrarlas o reducirlas a relaciones de fuerza. Las mujeres participantes provienen de diversos ámbitos profesionales, sociales y personales, y esta misma diversidad permite que surjan sensibilidades dispares hacia las palabras. Lo que puede ser generativo para una puede parecer desgastado o problemático para otra. Del mismo modo, términos aparentemente neutros pueden adquirir diferentes matices según los contextos en los que se experimentan y se pronuncian. Desde esta perspectiva, el lenguaje no es solo un espejo del presente, sino un espacio activo para la transformación. Y cuestionar las palabras también significa cuestionar la forma en que elegimos ser.

RESILIENCIA CONTRA SOBERBIA

Valentina Alazraki

La palabra que elijo es resiliencia. Creo que, en el mundo actual, acelerado y en constante cambio, donde estamos sometidos a un estrés continuo, la resiliencia debe cultivarse como la capacidad de afrontar las dificultades y adversidades con una actitud positiva, aprendiendo siempre de las experiencias negativas una lección positiva que nos ayude a crecer y seguir adelante. También me gusta el

significado eclesiástico de esta palabra, en el sentido del valor y la esperanza que la fe nos infunde, incluso en los momentos más oscuros de nuestra existencia.

La palabra que quisiera eliminar es soberbia. Creo que muchas de las tragedias de la humanidad han sido y son causadas por hombres soberbios, convencidos de su superioridad, lo que ha dado lugar, y sigue dando lugar, al desprecio por los demás, por pueblos y naciones enteras. Hombres cuya soberbia les hace sentir como dioses, con el derecho de decidir el destino de los demás. Para mí, es una palabra nefasta.

SOLIDARIDAD E INDIFERENCIA

Houda Fadoul

Palabra “sí”: Solidaridad. Solidaridad significa acercarse, ponerse junto a los demás y tomar decisiones concretas. Significa compartir el dolor, el sufrimiento y las circunstancias de quienes atraviesan momentos difíciles, incluso cuando no nos afectan directamente: el desplazamiento, la pérdida del hogar o de seres queridos, la falta de paz y estabilidad, la enfermedad, la pobreza... La solidaridad también implica recordar a los demás en la oración: a quienes sufren, a quienes están enfermos, a quienes no tienen hogar, a quienes están necesitados o desesperados, especialmente a los jóvenes. Pero la solidaridad también se construye en el lenguaje cotidiano, en las palabras que elegimos y enseñamos:

“Ve a ayudarles”.
 “¿No ves lo cansados que están?”
 “Han perdido la casa después de las lluvias”.
 “¿Te imaginas lo que es ir a dormir sin comer?”
 “Lleva un plato de comida a los vecinos, están sin comer”.
 “Baja la música. Hoy han perdido a un ser querido”.
 “Vamos a llevar ropa y juguetes a los niños huérfanos”.

Sin olvidar dar gracias al Señor por los momentos de paz y serenidad, y pensar en quienes están privados de ellos.

Palabra “no”: Indiferencia. Indiferencia significa ignorar o menospreciar el sufrimiento ajeno. Se expresa con frases como:

- “No nos incumbe”.
- “No nos interesa”.
- “No tienen nuestra misma fe”.
- “No son de nuestra familia”.
- “No son de los nuestros”.
- “Ya tienen bastante”.
- “Se lo merecen”.
- “Son responsables de lo que les pase”.

Es una actitud que evoca la parábola evangélica del rico y Lázaro, el pobre abandonado en la calle. Elegir las palabras adecuadas es, por lo tanto, un acto de responsabilidad porque las palabras reflejan las posturas y reacciones de cada persona. En consecuencia, cada uno está llamado a asumir la responsabilidad de su propia vida y de su forma de hablar, especialmente como mujer, madre, educadora, hermana, como testigo de lo que se mueve y transforma interiormente.

“FEMINISMO” NO ES UNA PALABROTA

Elisabeth Green

La palabra “no” es feminismo o feminista, esta última convertida ahora



en un término peyorativo, un insulto utilizado para desacreditar a quienes (pero casi especialmente a las mujeres) se comprometen a hacer del mundo un lugar justo y seguro para mujeres y hombres, niños y niñas, y todas las criaturas que lo habitan. Una palabra que evoca a mujeres frustradas que nadie querría como amigas, mujeres que odian no un sistema injusto, sino a los hombres. Una palabra que se ha vuelto inofensiva e inútil por las muchas veces que el capitalismo la ha reutilizado para vender diversos productos, desde camisetas hasta electrodomésticos.

Una palabra que se ha vuelto inútil por quienes la han usado (incluso en círculos eclesiales) para expresar resentimiento hacia todas las mujeres, señal de una incapacidad para aceptar la vulnerabilidad inherente al ser humano. Una palabra evitada incluso por las mujeres que no quieren o no pueden comprometer la precaria posición que ocupan dentro de instituciones dedicadas a mantener su poder, sin importar a costa de quién.

La palabra “sí” es la misma. ¿Cómo podemos prescindir de las palabras feminis-

mo y feminista? Un término que surgió hace siglo y medio (más o menos) para expresar una realidad mucho más antigua. ¿Debemos cederla a quienes distorsionan su significado? ¿Cómo privarnos de un término que, según la sociolingüista Vera Gheno, se refiere a “la promoción de un cambio radical en la posición de la mujer dentro de la sociedad, con la propuesta de valores culturales alternativos a los masculinos dominantes y la abolición de los roles tradicionalmente atribuidos a las mujeres” y (yo añadiría) a los hombres?

Intentamos renunciar a ella, dejando de definir nuestro trabajo feminista como “femenino” o “de género”. Y mientras que el primero no iba a cambiar absolutamente nada, el segundo parecía destinado a cambiar demasiado, así que también recibió su campaña de desprestigio.

Dejemos que sea feminismo para mantener viva la peligrosa memoria de un movimiento de al menos dos siglos de antigüedad. Feminista para describir la teología que de él se deriva, sobre la cual todavía queremos saber poco o nada. Feminismo para rendir homenaje a las mujeres de ayer y de hoy que, junto con algunos hombres, se dedican a compartir ideas y prácticas para hacer del mundo y de las iglesias lugares habitables para todas y todos.

MANSEDUMBRE, NO SACRIFICIO

Emanuela Buccioni

La palabra “sí” es “mansedumbre”. La elijo porque me parece una palabra profundamente evangélica y, precisamente por eso, urgentemente política. La mansedumbre suele malinterpretarse como debilidad, sumisión, incapacidad





a palabras más libres y evangélicas: don, cuidado, fidelidad y responsabilidad. Palabras que no nos piden desaparecer, sino que nos permiten amar mientras permanecemos vivos.

MIGRACIÓN, EUFEMISMOS Y VERDAD

Martina Liebsch

Hemos aprendido a no usar la palabra “ilegal” para referirnos a una persona. Una persona no puede ser ilegal, puede ser indocumentada. En el contexto de la trata de personas, ya no hablamos simplemente de víctimas, sino de supervivientes, para no estigmatizar a las personas como víctimas. Sin embargo, fueron víctimas de un crimen atroz, así que quizás sean tanto víctimas como supervivientes, si logran liberarse de la explotación. Cuando comencé a trabajar en el tema de la inmigración hace 40 años en Alemania, cambiamos el término “Ausländer” (extranjeros) por “Ausländische Mitbürger” (residentes extranjeros) debido a la connotación negativa de “Ausländer”.

Pero como implicaba que eran ciudadanos alemanes, cuando legalmente muchos de ellos no lo eran, el término se cambió posteriormente a “migrante”. Quienes trabajaban en el tema se alegraron de que finalmente se hubiera encontrado un término “positivo”. Pero, dependiendo de quién lo usara y cómo, recuperó una connotación negativa.

El siguiente nivel fue “personas con antecedentes migratorios”, que se suponía que era más inclusivo, ya que también incluía a quienes ya tenían la ciudadanía alemana. Pero este término también fue criticado por quienes trabajaron en él,

ya que se percibía como una etiqueta (similar a “origen cultural”, que también se veía con malos ojos). El nuevo término es “personas con historia migratoria”, pero no todos están satisfechos. La búsqueda de un término alternativo refleja los cambios en la sociedad: un nuevo término intenta capturarlos utilizando palabras precisas, sensibles e inclusivas. Pero nunca encontraremos el término ideal.

Incluso si prohibimos términos o inventamos otros nuevos, mucho depende del contexto en el que se usan y de cómo se usan. Sin embargo, los debates y las discusiones sobre términos nos hacen conscientes de nuestros propios prejuicios e injusticias.

No estoy en contra del uso cuidadoso de las palabras ni de la búsqueda de términos correctos. Pero también debemos ser conscientes de que las discusiones sobre términos pueden distraernos de implementar los cambios que esos términos realmente representan.

Las palabras que no me gusta usar son eufemismos que tienden a ocultar la cruda realidad que esconden. La expresión “capacidad de defensa” disimula el hecho de que estamos aumentando drásticamente nuestro gasto en armamento, haciéndonos creer que es lo correcto para defendernos mejor, por tanto, una buena causa.

O la palabra “acuerdo”, que según el Diccionario de Cambridge significa “entendimiento”, especialmente en un contexto comercial. Últimamente, esta palabra ha ganado una popularidad cuestionable porque se usa en el contexto de la guerra, transmitiendo la idea de que la paz sea un negocio comercial y ocultando el hecho de que, detrás de la guerra y el acuerdo se esconde mucho sufrimiento humano.

→ para tomar postura. En realidad, es una forma suprema de fortaleza: una fortaleza que ha renunciado a la dominación. En el Evangelio, **Jesús** entra en Jerusalén como un rey manso, sin los signos clásicos de poder, sin agresión y sin el deseo de aplastar o seducir. Demuestra que se puede afrontar un conflicto sin estar condicionado ni moldeado por la violencia. Hoy, el discurso público parece estar dominado por palabras de guerra, victoria, derrota, invasión y ataque.

En cambio, la mansedumbre devuelve la dignidad a la firmeza sin transformarla en opresión. No es una palabra dulce en el sentido sentimental: es una palabra exigente, porque exige un cambio de perspectiva, autocontrol, la capacidad de proteger a los demás incluso cuando no estamos de acuerdo.

Mi palabra “no” es “sacrificio”. No porque no reconozca el valor de la dedicación, el esfuerzo o la renuncia. Al contrario: son palabras cruciales en toda vida. Pero “sacrificio” es una palabra que, sobre todo en el lenguaje religioso y familiar, se ha usado con frecuencia de forma indebida. Demasiado a menudo ha servido para ennoblecer el sufrimiento impuesto, para exigir soportar ante la injusticia y para espiritualizar la abnegación.

Y esto ha sucedido especialmente a las mujeres, educadas durante siglos para considerarse buenas en la medida en que fueran capaces de callar, ceder, soportar la carga y desaparecer. Ni siquiera la cruz de Cristo debe interpretarse como una exaltación del dolor.

Su fuerza no reside en el sufrimiento en sí, sino en el amor fiel que trasciende el mal sin reproducirlo. Por esta razón, en lugar de “sacrificio”, prefiero volver





Desarmadas, no dóciles

En la época en que, tras la muerte de Dios, el atributo de la omnipotencia se ha trasladado al ser humano (en concreto al hombre) la palabra tiende a convertirse en una auténtica arma: de ataque, preventivo, antes que de defensa. Ya no somos capaces de dialogar en parte porque no soportamos el silencio, que nos enfrenta a nosotros mismos antes incluso que al otro y constituye la condición necesaria para la escucha. Contrariamente a lo que parece evidente, el primer movimiento de la comunicación es la escucha, donde el silencio prepara el espacio para el encuentro en lugar de para el enfrentamiento. Las mujeres llevan ventaja porque están acostumbradas a escuchar las señales de su cuerpo o a percibir las de las criaturas que han llevado o llevan en su seno. Y no es un discurso esencialista, sino simplemente situado, porque existimos en un cuerpo.

La segunda razón depende del individualismo radical, esa abstracción que nos arranca de las relaciones que nos constituyen y de la que está impregnada la cultura dominante. Mientras incluso la ciencia, desde la biología hasta la física cuántica, nos dice que todo está conectado, seguimos pensando incluso nuestra libertad en términos de separación y, peor aún, en términos de soberanía del yo.

Aunque incluso **Hannah Arendt** declaró que el mayor error de la filosofía política era superponer libertad y soberanía, seguimos pensando en estos términos doblemente falaces: el yo, un individuo separado, es soberano. El lenguaje de la soberanía es la guerra, el choque de soberanías. Y esto se aplica tanto a las relaciones interpersonales como a la geopolítica. Dentro de este marco, el diálogo no puede sino polarizarse, volverse belicoso, orientado a

Salir de la palabra-arma no es un acto de rendición

CHIARA GIACCARDI

destruir o deslegitimar al otro en lugar de comprenderlo. Hoy, con la tecnología digital, creemos que la inteligencia artificial puede resolver disputas, dado que ya no somos capaces de llegar a un acuerdo. El sueño del filósofo y matemático **Leibniz** se está haciendo realidad. A principios del siglo XVIII declaró: “Llegará un día en que ya no diremos ‘discutamos’, sino ‘¡calculemos!’”. Y, en efecto, *Google* ha inventado la ‘máquina Habermas’, llamada así en honor al gran filósofo que dedicó su obra al estudio de la racionalidad comunicativa. No le haría ninguna gracia ver que lo más verdaderamente humano que hay en nosotros se delega en un dispositivo.

No resignarnos

¿Debemos resignarnos? Absolutamente no. ¿Por dónde empezar? Las palabras desarmadas son un buen comienzo. El desarme nunca es una rendición, sino una subversión del paradigma acción/reacción, destinado a escalar y a dejar siempre muertos y heridos. Es la propuesta, plasmada en un gesto y no solo en un programa, la que inaugura un nuevo marco relacional. Se necesita valentía para rechazar las armas y sentido de los límites, sin el cual los delirios de omnipotencia se propagan con sus desastrosas consecuencias. Porque el yo soberano omnipotente solo puede ser violento.

La palabra más desarmada de todas es la oración. Nace precisamente de nuestro sentido de precariedad, de nuestra no autosuficiencia, de la conciencia de nuestra fragilidad y de la necesidad de confiar.

E incluso para dar gracias. Pensemos en el canto del Magnificat y en la fuerza que no proviene de la coerción, sino de la *deponentia*, de la aceptación de las propias limitaciones, acompañada de una actitud de disponibilidad activa y responsabilidad. Porque entre la arrogancia del poder y la angustia de la impotencia se encuentra un tercer camino que rechaza todo dualismo: el de la *deponentia*. Una forma tomada del latín, donde algunos verbos tienen una forma pasiva y un significado activo, indicando la mezcla esencial de actividad y pasividad, elección y aceptación, que caracteriza nuestras vidas como humanos. La palabra desarmada es *deponente*.

El desarme no es docilidad, aceptación pasiva, sino la capacidad de actuar de manera diferente, de romper con el molde de la opresión. El desarme es arrodillarse ante soldados armados listos para disparar. Un gesto que no es desafiante, sino una invitación a abandonar la violencia, santificando el valor de la vida, incluso a costa de perderla.

Desarmada es la palabra poética que, como escribe el poeta **Mahmud Darwish**, dice la verdad sin proclamarla. Sin imponerla, sin pretender poseerla. Desarmada es la palabra que acepta cierta opacidad y misterio, que prefiere aludir a definir, que reconoce que siempre hay más allá de lo que logramos decir. Hoy el lenguaje, imitando al de la ciencia, pretende poseer la realidad en la transparencia, en el dominio de aquello que por definición siempre escapa. El ideal del lenguaje hoy es la datificación, la traducción (y reducción) de todo lo que existe a un lenguaje que nos permite controlar y manipular la realidad (y a las personas).

La palabra desarmada es la palabra de la esperanza, que no dice “todo irá bien”, sino “vale la pena comprometerse”, decir sí, a pesar del resultado. La palabra desarmada florece en el terreno de la fraternidad y la sororidad. Nace de la conciencia de que todos estamos en relación y de que “cada palabra que damos al mundo se escribe sobre la carne de alguien” (**Francesca Mannocchi**). La palabra desarmada desarma, invita a abandonar la confrontación para abrazar el encuentro y lo hace dando ejemplo, corriendo riesgos y haciendo sagrado el gesto y lo que lo motiva.

Las palabras de **Simone Weil**, **Madeleine Delbrel**, **Etty Hillesum**, **Margherita Guidacci**, **Mariangela Gualtieri**, **Chandra Livia Candiani** y tantas otras mujeres que han captado la esencia y la han expresado con sinceridad, son palabras desarmadas.

El 11 de junio de 2009, *Il Corriere della Sera* anunciaba que “en la bóveda de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, las monjas benedictinas de Viboldone habían finalizado la restauración del Códice Atlántico de **Leonardo**”. En turnos de tres, durante cuatro o cinco meses, las monjas trabajaron en la restauración del invaluable manuscrito de Leonardo, combatiendo el moho y las manchas negras. Desde el claustro hasta la Biblioteca Ambrosiana, mantuvieron la misma rutina diaria: oración, trabajo y lectura. Se sentían a gusto, tanto en el monasterio como en la biblioteca, porque para esta comunidad, los libros han sido “hogar”, alimento y fortaleza desde sus inicios. Es una pasión por la palabra escrita, restaurada, leída, venerada, explorada, defendida y devorada.

“Nacimos en Roma hace 90 años. El primer grupo de monjas trabajó para el Instituto de Arqueología Cristiana. Se encargaban de la tipografía, imprimiendo los escritos de los estudiosos de las catacumbas”, cuenta la Madre **Ignazia Angelini**, quien fue abadesa durante más de dos décadas hasta 2019. Durante la Segunda Guerra Mundial, las monjas abandonaron la capital y se trasladaron a Viboldone, a las afueras de Milán. Las jóvenes monjas peregrinas no tenían recursos y el cardenal **Alfredo Ildefonso Schuster**, arzobispo de la ciudad, pidió a un benefactor que les donara una máquina de linotipia. “Durante el día, componían con tipos de plomo, imprimían y, por la noche, se desmontaban porque no tenían suficientes tipos. Por la mañana, volvían a imprimir”, recuerda la Madre Ignazia. Los volúmenes compuestos por las primeras hermanas revelan un amor por el arte de la tipografía y un orgullo por una profesión que les permitió ser independientes de un sustento garantizado por mecenas o benefactores. Nacidas como benedictinas, pero sin poseer (ni desear) las prerrogativas del Código anterior al Concilio, las monjas de Viboldone no anhelaban la obligación de una dote.

“La Madre Superiora, **Margherita Marchi**, una mujer de Bolonia que reunió a las primeras hermanas, de origen laico, se había convertido al cristianismo a los dieciocho años. Nos pidió que recuperáramos los valores evangélicos de la vida monástica femenina en su autenticidad original. Durante muchos años, no fuimos reconocidas como monjas benedictinas porque no teníamos clausura ni propiedad



Las custodias del libro

del terreno donde nos asentamos. Hasta que el Cardenal **Montini**, más tarde Papa **Pablo VI**, llegó a Milán. Como arzobispo, nos ayudó a adquirir la pequeña propiedad que garantizaba la estabilidad del lugar y, como pontífice, nos aprobó erigiendo el monasterio como abadía”, cuenta Ignazia. Las hermanas querían profundizar en el conocimiento de los Salmos y explorar los comentarios patrísticos, leer textos en su idioma original y estudiar la Biblia y la teología, temas entonces reservados a clérigos y hombres. “Existía un deseo de formación que ahora es normal, pero que no era nada común en aquellos tiempos”.

Primeros trabajos

Los primeros trabajos de imprenta de las monjas fueron para la Universidad Católica, la Curia de Milán y, posteriormente, para la Facultad de Teología. “Nos manteníamos con lo que imprimíamos y desarrollamos relaciones que iban más allá de lo puramente comercial con los distintos profesores”. Con los ingresos iniciales,

invertieron en la compra de libros y crearon una biblioteca básica que actualmente cuenta con más de treinta mil volúmenes.

Hoy, la linotipia está en el taller donde la restauración de volúmenes y pergaminos antiguos es centro de la excelencia. Agujas, carretes de hilo, cuerda, punzones, ruedas, cuero y pergamino, pinturas y pinceles muy finos, tinas de agua y largas mesas rectangulares donde se colocan los papeles que se van a “tratar”. Esos pacientes son hojas ennegrecidas por el fuego, pergaminos arrugados o páginas corroídas por el tiempo. Con guantes y mascarillas, las cinco monjas que trabajan hoy en el taller, junto con varios becarios y ayudantes, llevan a cabo la labor de restauración con la precisión de cirujanos expertos.

El deseo de “curar” manuscritos dañados surgió en la década de 1970, a raíz del trabajo en la Ambrosiana. Algunas se matricularon en el Instituto de Patología del Libro de Roma para establecer un pequeño taller que con el tiempo se especializó tanto que recibió encargos tan



Las monjas benedictinas del monasterio de Viboldone dan vida a los textos antiguos a través de la restauración

prestigiosos como el del Códice Atlántico de Leonardo. Las monjas actualizaron sus conocimientos y aprovecharon sus estudios previos y así, la hermana **María Franca**, con la colaboración de la hermana **María Alba**, bióloga, inventó un método innovador para restaurar pergaminos quemados, que fue patentado con el apoyo científico de la Universidad Politécnica de Milán. “La piel de cabra es un material vivo y, para revitalizarla, utilizamos la química”. El invento surgió por necesidad: “Se había producido un incendio en la Biblioteca Nacional de Turín y valiosos códices hebreos se habían convertido en pedazos quemados. Los revitalizamos, los planchamos y, con habilidad e increíble paciencia, conseguimos que la escritura volviera a adherirse. Pero hablamos de esta posibilidad con libros antiguos porque los de hoy en día, desde luego, no se podrán restaurar”.

El taller no está abierto al público ya que los clientes que confían a las monjas valiosas piezas están sujetos a un acuerdo de confidencialidad. Un video muestra el

trabajo actual y explica cómo pasaron del plomo a la composición tipográfica y la impresión asistida por computadora. “Con este trabajo, el amor por las Escrituras se vuelve muy físico. Debemos probar las tintas, los papeles. Tocas la palabra, la ves, la hueles”, dice la Madre Ignazia. Una práctica que “está relacionada con la forma en que leemos las Escrituras, porque la atención al detalle expresa un estilo, una experiencia subyacente”. De la restauración “se madura un arte de la lectura que ha desaparecido en la cultura actual, donde todo es virtual y la pantalla es una imagen sin cuerpo”.

Pocos saben que el lema benedictino, además de *ora et labora*, también incluye *lege*. El día de las monjas incluye tres horas de lectura personal, “fundamental para la formación de la conciencia. La lectura es ese encuentro personal con la Palabra que no es solo información o estudio intelectual, es un descubrimiento de quién soy. Génesis 32 habla de la lucha de **Jacob**, quien finalmente recibió su nombre: ‘te llamarás **Israel**, porque luchaste con Dios

y venciste’. Para nosotras, la lectura es una preparación para que la Palabra, que es **Jesús**, se haga carne y, es el nacimiento del lector, generado por la Palabra. **Gregorio Magno** dice que *divinum eloquium cum legente crescit*, “la Palabra de Dios crece con quienes la leen”. Para la Palabra, entregarse a la escritura es una forma de humillación, porque permanece, por así decirlo, hibernando hasta que se convierte en vida de quien la lee. Es un riesgo, una forma de *kenosis*. La verdadera Palabra nace de una relación, de un tú. Y siempre es una Palabra dialógica. Dios habla y se entrega en la palabra de las escrituras”.

Aprender a discernir

Entre los antiguos volúmenes y la Biblia, el monasterio alberga revistas y periódicos. “Porque leer la Palabra nos enseña que Dios habla en todas partes y siempre. Reconocer las huellas de la voz de Dios es un arte que se aprende por la fe en las Sagradas Escrituras. Si uno ha aprendido a discernir, cuando se encuentra con noticias falsas o una palabra ofensiva, puede reconocerla”. El silencio en las habitaciones del monasterio nos recuerda que, para que la Palabra resuene, “uno debe acallar las voces en su interior. Solo al cruzar el umbral creado por el silencio se puede empezar a escuchar a Dios. No hay escucha que sea una superposición de ruidos”.

Y en el silencio, resuena la antigua oración de los Salmos. Para las monjas, es “una inmersión bautismal en un río que te precede, que reúne todos los momentos cruciales de la historia humana. Es la humanidad de generaciones y generaciones que, al pasar, ha sufrido tantos fracasos, tantas sedimentaciones, tantos nuevos comienzos como la experiencia del éxodo, la deportación, el vacío, la ausencia. Esto se aprende en las Escrituras”. Y es de esa inmersión de donde nace la profunda empatía que hay en las palabras que dirigen a sus huéspedes. Son palabras de mujeres. ¿Tienen acaso una especificidad propia? “Sí, la palabra de una mujer es diferente a la de un hombre. Si Jesús dio el primer mensaje de la Resurrección a las mujeres, no fue porque fueran excepcionales, sino porque tenían la capacidad de sufrir, tenían esa intuición que las llevó a ir allí, aunque todo aparentemente hubiera terminado”, subraya la Madre Ignazia. “Creo que este sexto sentido constituye la sabiduría misma de las mujeres y, por lo tanto, la especificidad de su discurso tan necesario hoy en día en una cultura dominada por la inteligencia artificial”.

Si no hubiesen hablado

En la Iglesia a las mujeres todavía les cuesta hablar al no ser reconocidas ni autorizadas

SIMONA SEGOLONI RUTA

La palabra en la iglesia tiene un peso específico muy alto, porque la dinámica constitutiva del “nosotros” eclesial está precisamente relacionada con la palabra, ya que consiste en transmitir y compartir el Evangelio. Preguntarse quién habla en la Iglesia, toca la esencia misma de la Iglesia. Sin embargo, si la dinámica de la Iglesia es la de comunicar el Evangelio, que siempre requiere una palabra explícita, quienes no pueden hablar quedan excluidos o, si solo pueden hacerlo bajo ciertas condiciones, se incluyen parcial o condicionalmente. Es decir, quedan excluidos.

Siendo así, todos en la Iglesia deben poder hablar, es decir, dar testimonio de lo que creen, transmitirlo y justificarlo. Y, de hecho, siempre ha sido así. A pesar de los intentos de silenciar a las mujeres desde los últimos textos del Nuevo Testamento o de relegar su voz solo a ciertas esferas (en su mayoría privadas), las mujeres no han dejado de hablar, dar testimonio y transmitir. Si lo hubieran hecho, ya no tendríamos Iglesia, dado que constituyen más de la mitad de ella.

En el Evangelio de **Mateo**, en la mañana de Pascua, **Jesús** les dice a las mujeres que digan a los discípulos que vayan a Galilea porque allí lo verían. Por lo tanto, si los discípulos no las hubieran escuchado o no hubieran obedecido su palabra, no habrían visto al Resucitado.

En el Evangelio de **Juan**, es **María Magdalena** quien regresa al Cenáculo para anunciar la resurrección del Señor, explicando así a **Pedro** y Juan el significado de lo que habían visto en la tumba.

Sin embargo, en la primera conclusión (Marcos 16, 8) del Evangelio de **Marcos**, las mujeres no dicen nada a nadie sobre la resurrección, lo que plantea al lector la pregunta: ¿quién, si no ellas, transmitió la noticia?

Este ingenioso recurso narrativo del segundo evangelista advierte al lector de que, si las mujeres hubieran guardado silencio, si hubieran obedecido, entonces y a lo largo de la historia a quienes querían silenciarlas, nadie habría disfrutado del

Evangelio. Si no hubieran hablado, no habría habido buenas noticias.

En las culturas patriarcales existe un subterfugio típico para desestimar todo lo que hacen las mujeres y, en este caso, consiste en hacernos creer que las palabras de las mujeres valen menos que las de los hombres. **Lucas** nos lo muestra con claridad: cuando los discípulos camino a Emaús se encuentran con Jesús, le cuentan lo que las mujeres dijeron sobre la resurrección, lo que nos da a entender que esas palabras habían sido consideradas un disparate.

Poco después, cuando esos mismos discípulos, tras reconocer a Jesús, regresan a Jerusalén, son recibidos por los demás, quienes les dicen: El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido a **Simón**. Como si la aparición a Simón tuviera mayor peso, como si se tratara de juzgar a Dios mismo por haberse atrevido a transmitir el mensaje fundamental de la Iglesia a las mujeres.

No permitimos que Dios nos instruya sobre quiénes son los testigos autorizados, aquellos elegidos por Él. Puesto que elige a las mujeres, tampoco podemos confiar en Dios. Entonces, finalmente, llegará el momento en que un hombre dirá lo mismo (se apareció a Simón), y entonces, sin duda, será verdad. Si Él lo dice...

Reconocer a las mujeres

¿Seguimos todavía así? ¿O nos hemos vuelto capaces de dar credibilidad a las palabras de las mujeres? ¿Nos hemos vuelto capaces de reconocer a las mujeres como voces públicas autorizadas, tras evaluar debidamente (como deberíamos hacer con los hombres) su competencia, sus carismas y sus habilidades comunicativas, además de su testimonio de vida? Todavía luchamos. Luchamos por hacerles un hueco en nuestra predicación, aunque la Iglesia se encuentra en una situación de gran presión en este sentido, como pocas veces en su historia.

Luchamos por valorar los carismas y las habilidades si pertenecen a seres humanos nacidos mujeres. Y si debemos elegir a una mujer para que hable, elijamos a alguien que –sin importar su currículum o sus razones– no adopte posturas incó-

modas para el sistema eclesiástico, que no cuestione las relaciones entre los sexos. En resumen, alguien que no cause incomodidad y confirme el *statu quo*. Por supuesto, hay excepciones. Sin duda, algo está cambiando.

Pero avanzamos con demasiada lentitud y, por eso, nos perdemos muchas palabras pronunciadas fuera de los contextos eclesiales formales, así como muchos de los dones que el Espíritu concede a las mujeres. Si la Iglesia aún existe, significa que el flujo de este testimonio no se ha interrumpido, pero debe abrirse paso entre mil obstáculos y constantes sospechas. Sabemos desde hace cien años que las mujeres no son seres humanos inferiores y que no son “aptas” únicamente para ciertos campos y tareas.

Las hemos visto en acción y sabemos que pueden escribir obras maestras de



poesía, filosofía y literatura. Pueden realizar descubrimientos científicos, inventar tecnologías y enseñar en todos los campos del conocimiento.

Discípulas

Ya lo sabemos, y la Iglesia debería saberlo mejor que nadie, porque su historia comienza con las palabras de mujeres que no solo escucharon lo que dijo el Señor Resucitado, sino que lo comprendieron recordando lo que habían oído como discípulas.

Estas se encuentran entre los testigos autorizados elegidos por Dios, quien "Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea".

Comprender la manera en que Dios acogió a los paganos no fue fácil (llevó algunos años), fue igualmente difícil con los esclavos (varios siglos), pero con las mujeres es una tarea ardua, tanto que aún estamos en pleno proceso.

Sin duda sucederá, y todos podremos nutrirnos de su testimonio, pero todavía no hemos llegado a ese punto. Esperemos que no se tarde demasiado porque mortificar al Espíritu no es un pecado menor.



“Los procesos de paz no pueden delegarse solo en los gobiernos”

CARMEN VOGANI

Hay una justicia que transforma las palabras en puentes en lugar que en veredictos. Aparece cuando se encuentran víctimas, acusados y responsables a través de la mediación.

Claudia Mazzucato es profesora asociada de Derecho penal de la Universidad Católica y una de las mayores expertas europeas en justicia restaurativa.

¿La justicia penal y la restaurativa pueden convivir?, ¿qué diferencias hay?

La justicia punitiva limita los horizontes: separa, segrega y priva del futuro no solo a quienes han cometido un delito, sino también a quienes lo han sufrido. La justicia restaurativa integra las tres dimensiones del tiempo: mira al pasado sin borrarlo, se centra en el presente e intenta imaginar un futuro diferente. De acuerdo con los principios internacionales, produce efectos concretos al mitigar la respuesta al delito, incluso hasta el punto de extinguirlo en algunos casos. En un país democrático, el encuentro entre la víctima y el autor del delito representa la materialización de los propósitos profundos del sistema.

Usted ha contribuido a escribir el decreto legislativo sobre la justicia restaurativa en Italia, ¿cómo se estructura el sistema?

El servicio es gratuito, accesible para cualquier delito, desde robo hasta genocidio, a lo largo del juicio, durante la sentencia e incluso después. Por ley, debe establecerse al menos un centro de justicia restaurativa en cada distrito judicial de apelación. Ya existen 36. Para ser mediador, se requiere una licenciatura, además de formación teórica y práctica. Soñamos con mediadores que sean matemáticos, astrofísicos y artistas, para que puedan representar la diversidad de la comunidad.

¿Qué ocurre en las salas de mediación?

Lo inesperado sucede. Parafraseando a **Montale**, lo inesperado es nuestra única esperanza. Solemos imaginar una justicia que satisfaga el deseo de venganza. La primera sorpresa es descubrir que ni siquiera es eso lo que la gente busca realmente. El mediador no es neutral, reconoce que



Claudia Mazzucato es una de las mayores expertas europeas en justicia restaurativa

una acción ha ofendido y herido, pero al mismo tiempo que lo reconoce, también considera la historia del otro y lo respeta con la misma dignidad que toda persona.

¿Nos da un ejemplo?

Parents Circle reúne a padres israelíes y palestinos que han perdido un hijo. No es casualidad que los únicos dos idiomas que tienen una palabra para describir esta situación sean el árabe y el hebreo. Ante esa pérdida, se encuentran iguales, aunque no idénticos. Esa experiencia singular los une en lo más profundo de su ser, en el valor universal de la vida.

¿Cómo se desarma el odio?

Con lo que **John Braithwaite** llama la diplomacia restaurativa que la gente corriente puede poner en práctica. Los procesos de paz no pueden delegarse solo en los gobiernos porque se corre el riesgo de permanecer en las altas esferas sin descender a la vida común y corriente. Me conmovió una estudiante rusa que asiste a un curso con estudiantes ucranianas, pero tiene miedo de acercarse. Si cada uno de nosotros creara el espacio para estos encuentros, realmente se construiría la paz.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento